

V A L E N T Í A

Carlos Figueroa

—¡Qué me multen y que me multen! —Exclamó Manuel haciendo sonar la boca como si mascara un dulce.

Al hablar de la multa se refería al decreto del gobernador, que prohíbe los piropos bajo pena de multa. Pero estaban todos tan acostumbrados en el pueblo, que lanzaban la flor, exclamando al mismo tiempo "que me multen", al ver pasar una mujer de su agrado. Ya sabían ellas lo que esto quería decir.

Carmen escondió una sonrisa bajo su pañuelo encarnado y siguió su camino presurosa. Quería llegar a tiempo a la Iglesia y ya habían dado la tercera campanada.

Manuel se echó el sombrero hacia atrás, lo que hacía siempre que se encontraba en una situación complicada. No sabía qué hacer. Es cierto que le había gustado la negra de boca grande, pero él había prometido a Don Ricardo que llegaría a tiempo a "San GRABIEL" pa domar la Cantimplora, la salvaje potranca negra.

Carmen apretó el paso, pero antes de cruzar el pórtico dió la última mirada para ver si el hombre del piropo la seguía. Entretanto Manuel no sabía qué hacer, qué partido tomar. Don Ricardo lo estaba esperando, verdad era, pero...

Se metió en la Iglesia caminando ligero, pero el silencio y el recogimiento lo hicieron detenerse. Estaba llena de mujeres. Las cabezas cubiertas de velos negros o blancos y de pañuelos a falta de éstos, se inclinaban fervorosas sobre las cuentas del rosario. Manuel vió un sitio vacío cerca de la mujer que estaba enamorado. Se dirigió hacia ahí caminando en la punta de los pies para no hacer ruido. Malditas botas nuevas! Hacían un ruido infernal. Varias cabezas se dieron vuelta a ver qué estaba pasando.

Manuel Fernández que no le temía a los potros salvajes, que derribaba a los toros con su lazo, sintió miedo de repente. Le espantaba la idea que todos se diesen vuelta a mirarlo. Se iba poniendo cada vez más nervioso, enredó las espuelas de sus botas en un reclinatorio y lo arrastró en su caída junto con los libros que estaban allí colocados. Todo se vino abajo con gran escándalo. Las mantillas negras y blancas se dieron vuelta en todas direcciones y el monaguillo dejó caer la campanilla. Manuel no vió nada pues había echado a correr hacia la calle. Tomó su caballo y partió en dirección al fundo de Don Ricardo.

Al día siguiente, cuando volvió, vió que habían tapiado la calle principal con gruesos maderos y las bocacalles que ahí desembocan.

Tras los barrotes de las ventanas se asomaban los rostros curiosos de las mujeres. Vestían éstas sus trajes de fiesta, amplios y almidonados. Tarde de novillos coleados! Ocasión única en que los hombres muestran sus habilidades ante la crítica femenina. Los coleadores saben que las mujeres sólo tendrán sonrisas y promesas para el hombre más valiente, para el que voltee al toro en menos tiempo, en fin, para el que muestre que nunca tiene miedo. Es la fiesta de la pujanza y de la valentía propias de la raza chilena.

Carmen observa la calle desde su ventana. A su lado una cesta de flores esperaba al vencedor.

De pronto todos se ponen de pie, suena el clarín y por el comienzo de la calle aparece, gordo y brillante el primer novillo. Olfateó el aire durante unos minutos y luego, asustado con el olor del hombre enemigo, se lanzó en precipitada carrera a lo largo de la calle con los cuernos dispuestos a embestir lo que hallasen a su paso.

Allá voy —anunció un hombre mirando hacia una ventana adornada con claveles.

Echó el caballo en dirección al novillo y se dobló sobre la silla. Cuando estuvo muy cerca de la bestia se dobló más aún, y le agarró la cola. El empuje

del animal era demasiado grande y bajo la presión, la cola se fué escapando de entre las manos que la agarraban.

Salieron otros toreadores. Gritaron las mujeres desde los balcones y varias veces fué echado al suelo el toro. Una vez caído lo dejaban volver a levantar.

La talanquera de la salida se abrió para dejar paso al cansado bruto y para dejar salir al animal de refresco. Este olfateó el aire y lanzó un mujido. Ya estaban los ánimos flojos por tanta excitación pero la bravura de aquél animal sirvió para reanudar los coleadores. Hubo varios intentos, pero rabioso esquivaba al pretender agarrarle la cola.

Tras de larga carrera un muchacho vecino logró agarrar la cola y enrollarla alrededor de su mano. Su mano libre buscó apoyo en la silla y mientras mayores eran los empeños del toro por escaparse, mayor era su esfuerzo por derribarlo. Ni el uno ni el otro parecía dispuesto a ceder, la porfía se prolongó algunos instantes. . .

Un grito de angustia se elevó de una de las ventanas; colocando un clavel en sus labios Carmen exclamó: "Para su salvador, junto con mi amor". La concha y los arneses habían cedido a la presión y el jinete y la silla cayeron al suelo con la violencia.

Fué entonces cuando apareció Manuel y colocando su sombrero en la vista del novillo, castigó el lomo con la fusta negra. Cuando este echó a correr lo fué siguiendo de cerca, tan cerca que las patas de ambos animales se confundían y los flancos se frotaban con fuerza. Las mujeres asustadas habían retrocedido en sus ventanas.

Y fué ante la reja de Carmen, en donde Manuel agarró la cola del toro y dándole una vuelta en la muñeca lo hizo caer al suelo con las patas al aire.

Los aplausos brotaron, bruscos, violentos, calurosos, pues el triunfo del llanero sobre el toro se consideraba como una liberación. Las flores llovían sobre el vencedor.

Manuel se acercó a la ventana y con gesto arrogante se descubrió de su sombrero. Carmen se acercó al balcón para entregarle el clavel prometido, pero Manuel que conocía bien a las mujeres se alejó por la calle polvorienta. El lo había aprendido en su vida de domador; ni a la mujer ni a los animales hay que demostrarles el interés que se les tiene. Mientras se alejaba oyó una voz: "El clavel... a la noche en el baile del pueblo". Ya habría tiempo, después habría mucho tiempo.

